

El doble objetivo del ecosocialismo democrático*

JASON HICKEL

Profesor en la Universidad Politécnica de Barcelona

Enfrentamos una doble crisis a medida que evoluciona el siglo XXI. Por un lado, es una crisis ecológica: el cambio climático y otras presiones sobre los sistemas terrestres están superando los límites planetarios de manera peligrosa. Por otro lado, también es una crisis social: varios miles de millones de personas carecen de acceso a bienes y servicios básicos. Más del 40% de la población humana no se puede permitir una alimentación nutritiva; el 50% carece de instalaciones de saneamiento gestionadas de manera segura; el 70% no tiene acceso a la atención médica necesaria.

La privación es más extrema en la periferia, donde las dinámicas imperialistas de ajuste estructural e intercambio desigual continúan perpetuando la pobreza y el subdesarrollo. Pero también es evidente en el centro: en Estados Unidos, casi la mitad de la población no puede permitirse el acceso a la sanidad; en el Reino Unido, 4,3 millones de niños viven en la pobreza; en la Unión Europea, 90 millones de personas se enfrentan a la inseguridad económica. Estos patrones de privación están impregnados de brutales desigualdades de raza y género.

Ningún programa político que prometa analizar y resolver la crisis ecológica puede esperar tener éxito si no analiza y resuelve simultáneamente, en un mismo golpe, la crisis social. Intentar abordar una sin la otra deja contradicciones fundamentales arraigadas y finalmente dará lugar a monstruos. De hecho, los monstruos ya están emergiendo.

Es de vital importancia entender que la doble crisis socioecológica está siendo impulsada, en última instancia, por el sistema capitalista de producción.

* Publicado en la revista *Monthly Review* el 1 de septiembre de 2023 bajo el título «The Double Objective of Democratic Ecosocialism». Cedido por el autor para su traducción y publicación. Traducción elaborada por el Grupo de Trabajo de Energía y Medio Ambiente del PCE.



Las dos dimensiones son síntomas de la misma patología subyacente. Por capitalismo, aquí, no me refiero simplemente a mercados, comercio y empresas, como a menudo se asume fácilmente. Estos existieron durante miles de años antes del capitalismo y son lo suficientemente inocentes por sí mismos. La característica definitoria clave del capitalismo que debemos enfrentar es que, como condición para su propia existencia, es fundamentalmente antidemocrático.

Sí, muchos de nosotros vivimos en sistemas políticos electorales, aun si son corruptos, donde seleccionamos líderes políticos de vez en cuando. Pero, aun así, cuando se trata del *sistema de producción*, la democracia no es ni siquiera una ilusión superficial. La producción está controlada abrumadoramente por el capital: grandes corporaciones, principales firmas financieras y *el 1%* que posee la mayor parte de los activos invertibles. El capital tiene el poder de movilizar nuestro trabajo colectivo y los recursos de nuestro planeta para lo que quiera, determinando lo que producimos, en qué condiciones y cómo se usará y distribuirá el excedente que generamos.

Y seamos claros: para el capital, el propósito principal de la producción no es satisfacer necesidades humanas específicas ni lograr progreso social, y mucho menos lograr objetivos ecológicos concretos. Más bien, el objetivo principal es maximizar y acumular ganancias.

El resultado es que el sistema capitalista mundial se caracteriza por formas perversas de producción. El capital dirige las finanzas hacia productos altamente rentables, como automóviles todoterreno, carne industrial, *fast fashion*, armas, combustibles fósiles y especulación inmobiliaria, mientras reproduce escaseces crónicas de bienes y servicios necesarios como el transporte público, la atención médica pública, alimentos nutritivos, energía renovable y viviendas asequibles. Esta dinámica ocurre dentro de las economías nacionales, pero también tiene claras dimensiones imperialistas. Terrenos, trabajo y capacidades productivas en el sur global se incorporan a cadenas de productos globales dominadas por empresas del norte: plátanos para Chiquita, algodón para Zara, café para Starbucks, móviles para Apple y coltán para Tesla, en beneficio del centro imperialista, todo a precios artificialmente deprimidos, en lugar de producir alimentos, viviendas, atención médica, educación y bienes industriales para satisfacer las necesidades nacionales. La acumulación de capital en el centro depende de drenar mano de obra y recursos de la periferia.¹

Por lo tanto, no debería sorprender que, a pesar de los niveles extremadamente altos de producción total y de los niveles de energía y uso de materiales que están llevando las presiones ecológicas mucho más allá de los límites seguros y sostenibles, la privación siga siendo generalizada dentro de la economía

¹ Jason Hickel, Christian Dorninger, Hanspeter Wieland e Intan Suwandi (2020): «Imperialist Appropriation in the World Economy: Drain from the Global South through Unequal Exchange, 1990-2015», en *Global Environmental Change*, 73, 102467.

mundial capitalista. El capitalismo produce demasiado, sí, pero además no produce suficiente de lo que es necesario. El acceso a bienes y servicios esenciales está limitado por la mercantilización. Y debido a que el capital busca abaratar la mano de obra en cada oportunidad, especialmente en la periferia, se limita el consumo de las clases trabajadoras.

Piotr Kropotkin notó esta dinámica hace más de ciento treinta años. En *La conquista del pan*, observó que, a pesar de los altos niveles de producción en Europa, incluso en el siglo XIX, la mayoría de la población vivía en la miseria. ¿Por qué? Porque bajo el capitalismo la producción se moviliza en torno a «lo que ofrece las mayores ganancias a los monopolistas». «Unos pocos hombres ricos —escribió— manipulan las actividades económicas de la nación». Mientras tanto, las masas, a las que se les impide producir para sus propias necesidades, «no tienen los medios de subsistencia para un mes, ni siquiera para una semana por adelantado».

Considera, instaba Kropotkin, «todo el trabajo que se desperdicia de esta manera: aquí, al mantener los establos, las perrerías y el séquito de los ricos; allí, al satisfacer los caprichos de la sociedad y los gustos depravados de la multitud elegante; allí nuevamente, al obligar al consumidor a comprar lo que no necesita o colocarle un artículo inferior mediante la publicidad engañosa, y en producir, por otro lado, bienes que son absolutamente perjudiciales, pero rentables para el fabricante».

Sin embargo, toda esta actividad productiva podría ser organizada hacia otros fines. «Lo que se desperdicia de esta manera —escribió Kropotkin— sería suficiente para duplicar la producción de cosas útiles, o para abastecer nuestras fábricas y molinos con maquinaria de tal manera que pronto inundarían las tiendas con todo lo que ahora falta para dos tercios de la nación». Si los trabajadores y los agricultores tuvieran control colectivo sobre los medios de producción, podrían garantizar fácilmente lo que Kropotkin llamó «bienestar para todos». La pobreza masiva, la privación y las escaseces artificiales que caracterizan al capitalismo podrían terminarse más o menos de inmediato.

El argumento de Kropotkin sigue siendo válido hoy. No se necesitaría mucho, como parte de la capacidad productiva global total, para garantizar vidas decentes para todos en el planeta. Pero con la realidad de la crisis ecológica también debemos enfrentar un segundo desafío, uno que Kropotkin no pudo apreciar en el siglo XIX: lograr el bienestar para *todos al mismo tiempo* que se reduce el uso agregado de energía y materiales (específicamente en el centro)²

² Jason Hickel, Daniel W. O'Neill, Andrew L. Fanning y Huzaifa Zoomkawala (2022): «National Responsibility for Ecological Breakdown: A Fair-Shares Assessment of Resource Use, 1970-2017», en *Lancet Planetary Health*, 6, núm. 4, e342-e349; Jason Hickel (2022): «Quantifying National Responsibility for Climate Breakdown: An Equality-Based Attribution Approach for Carbon Dioxide Emissions in Excess of the Planetary Boundary», en *Lancet Planetary Health*, 4, núm. 9, e399-e404.



para permitir una descarbonización lo suficientemente rápida y para volver a situar la economía mundial dentro de los límites planetarios.³ La innovación tecnológica y las mejoras en eficiencia son cruciales para esto; pero los países de altos ingresos también deben reducir las formas de producción menos necesarias para disminuir directamente el exceso de energía y uso de materiales.⁴

Si el capitalismo siempre ha sido incapaz de lograr el primer objetivo (bienestar para todos), ciertamente no puede lograr el segundo. Es una imposibilidad estructural, ya que va en contra de la lógica central de la economía capitalista, que es aumentar la producción agregada indefinidamente para mantener las condiciones de acumulación perpetua.

Está claro lo que debemos hacer: lograr el control democrático sobre las finanzas y la producción, como argumentó Kropotkin, y organizarlo ahora en torno al *doble* objetivo de bienestar y ecología. Esto requiere que distingamos, como lo hizo Kropotkin, entre la producción *socialmente necesaria*, que claramente debe aumentar para el progreso social, y las formas de producción destructivas y menos necesarias, que deben reducirse de manera urgente. Este es el objetivo revolucionario de gran envergadura que enfrenta nuestra generación.

¿Cómo se vería una economía así? Podemos destacar varios objetivos clave.

Para asegurar la base social, primero debemos expandir y desmercantilizar los servicios públicos universales.⁵ Esto incluye atención médica y educación, sí, pero también viviendas, transporte público, energía, agua, Internet, cuidado infantil, instalaciones recreativas y alimentos nutritivos para todos. Movilicemos nuestras fuerzas productivas para garantizar que todos tengan acceso a los bienes y servicios necesarios para el bienestar.

En segundo lugar, debemos establecer programas ambiciosos de obras públicas para construir capacidad de energía renovable, aislar viviendas, producir e instalar electrodomésticos eficientes, restaurar ecosistemas e innovar tecnologías socialmente necesarias y ecológicamente eficientes. Estas son intervenciones esenciales que deben realizarse lo más rápido posible; no podemos esperar a que el capital decida si la inversión merece la pena.

En tercer lugar, debemos introducir una garantía pública de empleo, capacitando a las personas para participar en estos proyectos colectivos vitales, realizando un trabajo significativo y socialmente necesario con democracia en

³ Lorenz T. Keyßler y Manfred Lenzen (2021): «1.5 °C Degrowth Scenarios Suggest the Need for New Mitigation Pathways», en *Nature Communications*, 12, núm. 1, 2676; Jason Hickel *et al.*, «Urgent Need for Post-Growth Climate Mitigation Scenarios», en *Nature Energy*, 6, núm. 8, pp. 766-768 (el PDF gratuito de este artículo está disponible en jasonhickel.org/research).

⁴ Jason Hickel (2023): «On Technology and Degrowth», en *Monthly Review*; Jefim Vogel y Jason Hickel (2023): «Is Green Growth Happening? Achieved vs. Paris-compliant CO₂-GDP Decoupling in High-Income Countries», en *The Lancet Planetary Health*.

⁵ Jason Hickel (21 de abril de 2023): «Universal Public Services: The Power of Decommodifying Survival», *MR Online*, disponible en <https://mronline.org/2023/04/21/universal-public-services/>



el lugar de trabajo y salarios dignos. La garantía de empleo debe ser financiada por el emisor de la moneda, pero debe estar gobernada democráticamente al nivel local apropiado.

Consideremos el poder de este enfoque. Nos permite lograr objetivos ecológicamente necesarios. Pero también abole el desempleo. Abole la inseguridad económica. Asegura una buena vida para todos, independientemente de las fluctuaciones en la producción agregada, desvinculando así el bienestar del crecimiento. En cuanto al resto de la economía, las empresas privadas deberían ser democratizadas, traídas bajo el control de los trabajadores y la comunidad según corresponda, y la producción debería reorganizarse en torno a los objetivos de bienestar y ecología.

A continuación, a medida que aseguramos y mejoramos los sectores social y ecológicamente necesarios, también necesitamos reducir las formas de producción socialmente menos necesarias. Los combustibles fósiles son obvios en este caso: necesitamos objetivos vinculantes para reducir esta industria de manera justa y equitativa.⁶ Pero, como señala la investigación sobre el *de-growth* («decrecimiento»), también necesitamos reducir la producción agregada en otras industrias destructivas (automóviles, aerolíneas, mansiones, carne industrial, *fast fashion*, publicidad, armas y así sucesivamente), al tiempo que prohibimos la obsolescencia planificada y extendemos la vida útil de los productos. Este proceso debe ser determinado democráticamente,⁷ pero también debe estar fundamentado en la realidad material de la ecología y los imperativos de la justicia decolonial.⁸

Finalmente, necesitamos con urgencia reducir el exceso de poder adquisitivo de los ricos mediante impuestos a la riqueza y proporciones de ingresos máximos.⁹ En este momento, los millonarios por sí solos están en camino de

⁶ Véase, por ejemplo, *Fossil Fuel Non-Proliferation Treaty Initiative*, disponible en <https://fossilfuel treaty.org/>

⁷ Sabemos de las asambleas ciudadanas en Reino Unido, Francia y España que el pueblo puede identificar con rapidez las formas de producción menos necesarias y ponerse de acuerdo en reducirlas. También se sabe que, en condiciones experimentales, la gente intenta utilizar los recursos naturales de forma justa y ecológica (confirmado por la investigación de Eleanor Ostrom y otros autores sobre gestión comunitaria democrática). Véase Oliver Hauser *et al.* (2014): «Cooperating with the Future», en *Nature*, pp. 220-223.

⁸ La democracia es un valor socialista clave, pero de la misma manera lo son la ciencia (es decir, las posiciones deben ser empíricamente robustas con respecto a la realidad material y ecológica), así como la justicia y la solidaridad. Si el pueblo del centro decide por sí mismo, de manera democrática, aumentar el uso de la energía y los materiales de forma que se agrave el deterioro ecológico o se dañe a las personas de la periferia, los socialistas deben oponerse y organizarse para un cambio de rumbo.

⁹ Joel Millward-Hopkins y Yannick Oswald (2023): «Reducing Global Inequality to Secure Human Wellbeing and Climate Safety», en *Lancet Planetary Health*, 7, 2, e147-e154. Véase



consumir el 72% del presupuesto de carbono restante para mantener el planeta por debajo de 1,5 °C de calentamiento.¹⁰ Esto es un ataque flagrante a la humanidad y al mundo vivo, y ninguno de nosotros debería aceptarlo. Es irracional e injusto seguir desviando nuestra energía y recursos para apoyar a una élite sobreconsumidora en medio de una emergencia ecológica.

Si después de adoptar estos pasos encontramos que nuestra sociedad requiere menos trabajo para producir lo que necesitamos, podemos acortar la semana laboral, dar a las personas más tiempo libre y compartir el trabajo necesario de manera más equitativa, evitando así el desempleo de forma permanente.

La dimensión internacionalista de esta transición debe ser el foco de atención. El uso excesivo de energía y materiales debe disminuir en el *centro* para lograr objetivos ecológicos, mientras que en la periferia se deben recuperar, reorganizar y, en muchos casos, aumentar las capacidades productivas para satisfacer las necesidades humanas y lograr el desarrollo,¹¹ con el flujo global convergiendo hacia niveles suficientes para el bienestar universal y compatibles con la estabilidad ecológica. Para el sur global, esto requiere poner fin a los programas de ajuste estructural, cancelar las deudas externas, garantizar la disponibilidad universal de tecnologías necesarias y permitir que los gobiernos utilicen políticas industriales y fiscales progresistas para mejorar la soberanía económica. En ausencia de una acción multilateral efectiva, los gobiernos del sur pueden y deben tomar medidas unilaterales o colectivas hacia el desarrollo soberano y deben ser apoyados en este sentido.¹²

Como todo esto debería dejar claro, el decrecimiento, el marco que ha abierto la imaginación de científicos y activistas en la última década, se entiende mejor como un elemento dentro de una lucha más amplia por el ecosocialismo y el antiimperialismo.

¿Es asequible el programa delineado anteriormente? Sí. Por definición, sí. Como incluso reconoció el influyente economista capitalista John Maynard Keynes y como los economistas socialistas siempre han entendido, todo lo que realmente podemos hacer en términos de capacidad productiva podemos pagarlo. Y cuando se trata de capacidad productiva, tenemos mucho más que suficiente. Al establecer el control democrático sobre las finanzas y la

— también Jason Hickel (2022): «How Much Should Inequality Be Reduced?». *Al Jazeera*, disponible en <https://www.aljazeera.com/opinions/2022/12/14/how-much-should-inequality-be-reduced>

¹⁰ Stefan Gössling y Andreas Humpe (2023): «Millionaire Spending Incompatible with 1.5 °C Ambitions», en *Cleaner Production Letters*, 4, 100027.

¹¹ Jason Hickel y Dylan Sullivan (2023): «Capitalism, Global Poverty, and the Case for Democratic Socialism», en *Monthly Review*.

¹² Jason Hickel (15 de octubre de 2021): «How to Achieve Full Decolonization», en *New Internationalist*, disponible en <https://newint.org/features/2021/08/09/money-ultimate-decolonizer-fff>

producción, simplemente podemos cambiar el uso de esta capacidad, alejándonos de la producción derrochadora y la acumulación elitista para lograr objetivos sociales y ecológicos.

Algunos dirán que esto suena utópico, pero resulta que estas políticas son extremadamente populares. Servicios públicos universales, garantía de empleo público, más igualdad, una economía centrada en el bienestar y la ecología en lugar del crecimiento; encuestas y sondeos muestran un fuerte apoyo mayoritario a estas ideas, y asambleas ciudadanas oficiales en varios países han abogado precisamente por este tipo de transición. Esto tiene el potencial de convertirse en una agenda política popular y factible.

Pero nada de esto sucederá por sí solo. Requerirá una lucha política importante contra aquellos que se benefician tan prodigiosamente del *statu quo*. Este no es un momento para el reformismo moderado, para hacer ajustes marginales a un sistema fallido. Este es un momento para el cambio revolucionario. Sin embargo, está claro que el movimiento ecologista que se ha movilizadado en los últimos años no puede ser el único agente de este cambio. Si bien el movimiento ha tenido éxito al llevar los problemas ecológicos al centro del discurso público, carece del análisis estructural y el peso político para lograr la transición necesaria. Los partidos verdes burgueses son particularmente problemáticos, con su peligrosa falta de atención a la cuestión de los medios de vida de la clase trabajadora, la política social y las dinámicas imperialistas. Para superar estas limitaciones, es de suma importancia que los ecologistas construyan alianzas con los sindicatos, los movimientos laborales y otras formaciones políticas de la clase trabajadora que tienen mucho más peso político, incluido el poder de la huelga.

Para lograr esto, los ecologistas deben poner en primer plano las políticas sociales que he enumerado anteriormente, para abolir la inseguridad económica que lleva a las comunidades de clase trabajadora y a muchos sindicatos a temer las ramificaciones negativas que una acción ecológica radical pueda tener en sus medios de vida. Pero los sindicatos también deben moverse. No lo digo como crítico desde el exterior, sino como miembro de un sindicato de toda la vida. ¿Cómo permitimos que los horizontes políticos del movimiento laboral se redujeran a batallas específicas de la industria sobre salarios y condiciones, dejando intacta la estructura general de la economía capitalista? Debemos revivir nuestras ambiciones originales y unirnos en todos los sectores, así como con los desempleados, para asegurar la base social para todos y lograr la democracia económica.

Finalmente, los movimientos progresistas en el núcleo deben unirse, apoyar y defender a los movimientos sociales radicales y anticoloniales en el sur global. Los trabajadores y campesinos de la periferia contribuyen con el 90% del trabajo que alimenta la economía capitalista mundial, y el sur posee la mayoría de las tierras cultivables y recursos críticos del mundo, lo que les otorga



un considerable poder de influencia. Cualquier filosofía política que no destaque a los trabajadores y movimientos políticos del sur como agentes principales de cambio revolucionario simplemente no entiende la cuestión.

Esto requiere el arduo trabajo de la organización, el establecimiento de solidaridades y la unión en torno a demandas políticas comunes. Requiere estrategia y valentía. ¿Hay esperanza? Sí. Sabemos que es empíricamente posible lograr una economía mundial justa y sostenible. Pero nuestra esperanza solo puede ser tan fuerte como nuestra lucha. Si queremos esperanza, si queremos ganar un mundo así, debemos construir la lucha. ★

